

Historia de las representaciones del cuerpo Ejemplos de problemas políticos y culturales*

<https://doi.org/10.22395/csye.v12n23a15>

Georges Vigarello

Traducción del francés al español de **Rodrigo Zapata Cano**

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

jose.zapata@udea.edu.co

Los puntos de referencia dados a las formas, las eficacias o funcionamientos del cuerpo cambian con el tiempo. Sus representaciones se desplazan, hasta ser algunas veces perturbadas: por ejemplo, ya no son en la actualidad lo que eran antes, la supervivencia del peso corporal, la atención a las composiciones orgánicas, la jerarquía concedida a los sentidos físicos, los indicios de alerta al mal y los cánones estéticos. Se ha compuesto una imagen a la vez plural y global, una “imagen” en el sentido en que la entiende Denise Jodelet (1984, pp. 30-31) cuando habla de representación: “Actividad mental orientada hacia la práctica, principio que sirve de guía de acción concreta sobre los hombres y las cosas apuntando a la sistematización de saberes pragmáticos, y por la comunicación, agente de la creación de un universo consensual”. La representación (social en este caso) sería una manera de “organizar” interiormente lo real según puntos de referencia colectivos actuando sobre él, tanto como un modo de pensamiento cuya primera característica es ser conveniente e inmediatamente pragmático. Estudiada en los “contenidos concretos donde se encarna” e identificada como “pensamiento práctico”, esta representación puede revelar los mayores indicios sobre el universo corporal de una cultura y un tiempo (Jodelet, 1984, pp. 30-31)¹.

Por el contrario, es difícil hablar de unidad en esta misma esfera del cuerpo. El tema de las representaciones corporales reagrupa los campos más variados:

Cómo citar: Vigarello, G. (2023). Historia de las representaciones del cuerpo. Ejemplos de problemas políticos y culturales (R. Zapata, Trad.). *Ciencias Sociales y Educación*, 12(23), 343-363. <https://doi.org/10.22395/csye.v12n23a15>

Referencia del texto original: Vigarello, G. (1999). Histoire des représentations du corps. Exemples d'enjeux politiques et culturels. En L. P. Bordeleau y S. Charles (eds.), *Corps et science enjeux culturels et philosophiques* (pp. 21-44). Liber.

Agradecemos a la editorial Liber poner a disposición el libro en francés y permitir la publicación en español del capítulo de Georges Vigarello.

Recibido: 25 de octubre de 2022.

Aprobado: 15 de marzo de 2023.

¹ Del mismo autor véase (Jodelet, 1988).

de lo orgánico a lo expresivo, de lo funcional a lo superficial y de lo íntimo a lo social. No se podría componer algún territorio homogéneo o suponer alguna unificación de saberes: las representaciones corporales del comediante casi no tienen relación con las del ortopedista, como las del pintor casi no tiene relación con las del cirujano. El cuerpo y sus esquemas prácticos, puntos de referencia internos y externos y análisis realizados también desde arriba, por supuesto, no revelan referencias concordantes ni alguna ciencia unificada. En este caso, la diversidad es tan invencible como acertada.

Sin embargo, el presente texto se dedica a buscar representaciones globales, a seguir sus cambios en la sociedad antigua y algunos de sus problemas políticos, sociales y culturales. No porque la diversidad sea superable ni que sea *a priori* creíble cualquier voluntad de homogeneidad. No obstante, el paisaje corporal no solo está hecho de fragmentación: numerosas representaciones son más reveladoras que otras, muchas de estas pueden ser más globales, aquellas cuyas referencias ponen más directamente en juego las dinámicas de una cultura y una comunidad.

La estructura del cuerpo

El mantenimiento de la salud antigua, la de los siglos XVI y XVII, por ejemplo, es una buena ilustración de la movilización de una imagen global. El peligro está aquí centrado en un objeto dominante, aquel que realiza la estructura tradicional del cuerpo: el humor, la tonalidad líquida que garantiza el buen o mal estado orgánico. Basta decir que esta movilización tiene referencias sociales como consecuencias prácticas y técnicas. Todavía oscila en su totalidad cuando, en el siglo XVIII, se imponen nuevos puntos de referencia físicos, pero, sobre todo nuevos puntos de referencia culturales y sociales.

La evacuación y la representación clásica

En el siglo XVII, el cuerpo sano, este tema es ahora muy conocido, debe ser un cuerpo "evacuado" y desembarazado de los humores que lo puedan alterar. El siglo del gran rey, en Francia, no inventa por lo demás técnica ni saber que conduzca a una nueva concepción de la salud: los gestos importantes son los de la sangría o la purga que conocían y practicaban los hombres de la Edad Media y el Renacimiento. Ni los principios explicativos ni los trabajos preventivos sufren una mutación. Por el contrario, sus exigencias cambian con el Gran Siglo, alcanzando una profundización de las representaciones, como una renovación de las prácticas. A fin de cuentas, se trata de una nueva representación de la salud y el cuerpo.

Madame de Sévigné subraya la intensificación de las medidas de la sangría cuando en 1675 se le hizo una incisión al pequeño marqués de Grignan por una fiebre, a la edad de tres años. Una edad en la que esta intervención parecía imposible hasta aquí. La marquesa se sorprende: “En mi época no se sabía lo que era sangrar a un niño de tres años” (De Sévigné, 1972, p. 743). Guy Patin, en mitad del siglo, asimila estas sangrías precoces a un seguro de fuerza. Al curar una bronquitis de su hijo, también de tres años, “descargando por las venas” los catarros por los cuales el niño “creía asfixiarse”, el médico parisino adquiere una convicción: la sangría precoz hace a los seres fuertes y desempeña un papel preventivo. Muchos sangrados provocados le han dado al hijo de Guy un vigor que no tenía, un pulmón reforzado y una resistencia aumentada: “es hoy el más fuerte de mis tres muchachos” (Patin, 1846, p. 314).

La frecuencia de la incisión aumenta en la élite del siglo XVII: muchas veces por mes el cardenal Richelieu en la cumbre del poder, según el testimonio de Angelo Correr, el embajador veneciano en 1639 (Comisso, 1989, p. 234). Muchas veces por mes también para Louis XIII, al cual Bouvard, su cirujano, le hace incisiones hasta cuarenta y siete veces en un año (Héritier, 1987, p. 21). Frecuencia idéntica aún para la Señora des Porcellets, más o menos treinta años más tarde, que prefiere establecer un contrato con su cirujano para no pagarle en el acto: “He pasado una convención con el Señor Darles, mi cirujano, para servirme (a petición), mediante dos sumas de trigo o diez escudos de plata a mi elección” (De Ribbe, 1889, p. 359). Así pues, cada semana la Señora des Porcellets lo recibe para una sangría. En fin, igual intensidad para Ménage, el amigo de Guez de Balzac y de la Señora de La Fayette, que se suscribe, alrededor de 1670, ante un cirujano por un promedio de trece sols² por sangría (Tallémant des Réaux, 1960, p. 329).

Las intervenciones sobre el cuerpo, más numerosas y diversificadas en el siglo XVII, sustituyen lentamente las fuerzas oscuras y los efectos de simpatía. Existe un búsqueda de objetivación en estos aligeramientos de humores, incluso si son erráticos: alcanzar “físicamente” el mal hasta mostrarlo. Las alusiones repetidas a las nuevas máquinas lo confirman más aún: el cuerpo se ha vuelto “bomba”, “fuente”, o incluso “reloj”, con la difusión de las referencias cartesianas, es un cuerpo prioritariamente sometido a las evacuaciones mecánicas. La representación del gesto no ha cambiado, solo se ha vuelto más presente y apremiante.

Esta práctica se acompaña más profundamente de una referencia social: más que nunca, la pertenencia a la élite de la sociedad, por ejemplo, parece asociarse a la depuración física. La cualidad “liberada” de los tejidos se vuelve garantía de una cualidad distintiva del individuo: la evacuación hace

² Sol: antigua moneda francesa (n. del t.).

la dignidad. La imagen del cuerpo en la nobleza en particular encontraría su coherencia en la espera de un interminable afinamiento de humores, práctica directamente paralela al prestigio social, como lo ha podido mostrar Le Roy Ladurie (1983):

El brahmán limpia el exterior de su persona, o dicho de otro modo, la piel [con una exigencia proporcional al lugar ocupado en la jerarquía]. Por el contrario, en la mejor sociedad francesa de 1700, se preocupan ante todo por purificar el interior por medio de vómitos por el emético, y gracias a la purga y la sangría, el enema y la lanceta. (pp. 12-13)

La exigencia de cuidado, como la distinción, pasaría aquí por la de un cuerpo interiormente “purificado”: “Entre más alto se ubique en la sociedad, más es sangrado y purgado” (Le Roy Ladurie, 1983, pp. 12-13). De allí esas interminables flebotomías en los grupos más eminentes.

Cuerpo más endurecido y autónomo

Un cambio global del punto de referencia sanitario se impone en el siglo XVIII, también muy conocido: a primera vista, parece limitarse a los indicios orgánicos. Por ejemplo, el estado de los líquidos ya no es el primer objetivo. Una buena condición del cuerpo ya no se limita a la de la fácil de la pureza de las sustancias o de la solidez de las carnes, como las que mostraban los médicos de los siglos XVI y XVII (Brabant, 1966). Se extiende a la estructura de las fibras, a su poder reactivo y recurso de actividad o movilidad, principios muy particulares que dominan el viejo principio de pureza. Los experimentos de Haller, en 1744, que designan la irritabilidad como la principal característica de algunas fibras, y los de Bernouilli, en 1750, “volviendo a la vida” gallinas y pollos electrizándolos después de haberlos asfixiado, trasforman insensiblemente la manera de imaginar las fuerzas físicas, su actualización y conservación (Canguilhem, 1958). La imagen humoral del cuerpo le cede el lugar a una visión más compleja hecha de tensión y excitación. El vigor se desplaza, ya no vinculado con la única pureza de humor transmitido por los viejos regímenes, sino a un estado específico de fibras y nervios que se han vuelto, para el higienista Tissot en 1768, “la principal parte de la máquina humana” (Tissot, 1991, p. 66). Los principios de higiene y conservación ya no son los mismos, jugando con nuevas metáforas, multiplicando las alusiones a las sensibilidades, hablando de los “hilos” ablandados o tensos para apuntar mejor a “levantar el tono de la fibra y ponerla en armonía con el resto del instrumento vital”, como puede decirlo, a comienzos del siglo XIX, Jean Marie de Saint-Ursin (1804, p. 169) en su libro sobre la salud de las mujeres.

Es necesario detenerse en esta representación fibrilar, pues confirma la existencia de nuevas representaciones y la referencia a una nueva arquitectura íntima

del cuerpo. Construcción filamentososa y largo lineamiento sugerido por el ojo de los primeros microscopios, la fibra se vuelve, en el siglo XVIII, la unidad anatómica mínima, el primer fragmento del cual se componen las partes del cuerpo. Además, posee sus impulsos y fuentes propias: “El tono de la fibra no es otra cosa que su estado habitual”, afirma Diderot (1964a, p. 311). Es también la primera unidad de movimiento: “La fibra es en fisiología lo que la línea es en matemática”, insiste Diderot en 1765 (1964a, p. 63)³, promoviénola en estructura orgánica central, como lo hacía Haller y del cual se inspira, multiplicando las referencias reticulares: los “sueños” de filósofo entrelazan en el espacio interno del cuerpo una infinidad de “haces e hilos”, todos sensibles y activos (Diderot, 1964b, p. 198).

De allí esta consecuencia, entre otras, la revisión de los efectos del movimiento, la eficacia de este considerado menos en una depuración de humores que en una propagación de ondas y oscilaciones. Montesquieu lo confirma como nunca, contando escrupulosamente los impulsos recibidos sobre la silla de un caballo, antes de promoverlos en práctica privilegiada de conservación: “No hay mejor ritmo para la salud que el del caballo. Cada paso realiza una pulsación en el diafragma y en una legua hay alrededor de cuatro mil pulsaciones de más que no tendríamos” (De Montesquieu, 1949, p. 1195). En fin, influencia tanto más afortunada cuanto que los anatomistas de la sensibilidad instalan en este centro “frénico” un lugar muy especial de afectación y refuerzo del cuerpo: zona donde vendrán a converger las más ricas redes de nervios⁴. Además, la *Encyclopédie* de Diderot le dedica muchas columnas a una máquina que se supone reproduce los ritmos del caballo y sus efectos benéficos en el jinete, un asiento oscilante que permite el ejercicio de una equitación practicada en la habitación, un sistema de hierro y madera movido por hilos y resortes del cual un “sirviente” puede “tomar las riendas” para “hacer todos los movimientos que la persona que toma esta especie de ejercicio juzga a propósito” (*Encyclopédie des sciences et des techniques*, 1778). Por último, es necesaria la máquina de Rabiqueau, en 1775, para que el papel que se le da a la oscilación se especifique hasta en la caricatura: un “carrusel mecánico” (Rabiqueau, 1778), en el cual se ubican niños frágiles o un poco deformados. La máquina sacude en todos los sentidos los cuerpos atados a esta y les da “golpes conmocionales” con la ayuda de brazos articulados. Los “estimula”. El carrusel de Rabiqueau sería ridículo si no confirmaba la nueva visión de las tensiones físicas.

De allí, esta otra consecuencia aún: el tema de la dureza que desplaza las polaridades preventivas y el recurso al frío, entre otros, que trasforma las prácticas. El frescor que endurece las fibras es todo lo contrario al calor pesadamente subrayado hasta aquí, el que promovían los viejos tratados de salud

³ Sobre este tema véase también (Rey, 1993).

⁴ “El diafragma desempeña uno de los principales papeles en la historia de la irritabilidad” (De Sèze, 1786, p. 94).

para evacuar mejor los humores: el calor que depura es sustituido por el frío que endurece. Los consejos de Benjamin Franklin, alrededor de 1775, que sugerían camas “simples” y cubiertas de tela, se oponen a los consejos de De Lorme que sugiere, un siglo más tarde, camas cubiertas de pieles, calentadas como hornos por su encofrado de ladrillos.

No nos engañemos aquí, estos cambios también tienen sus equivalentes culturales. Por ejemplo, Tronchin, en la mitad del siglo XVIII, es de los que mezclan mejor el proyecto de un reforzamiento de las fibras con el de un endurecimiento moral. La debilidad orgánica se vuelve aquí debilidad de la civilización, los puntos de referencia de fortalecimiento se vuelven indicios reivindicativos: “Mientras que los romanos, al salir del Campo de Marte, iban a arrojar en el Tíber, fueron los amos del mundo, pero, los baños [calientes] de Agripa y Nerón los hicieron poco a poco esclavos” (Tronchin, 1906, p. 59). El agua fría debe someter el cuerpo como somete el acero. La referencia filamentososa converge de golpe con el proyecto cultural: la imagen física de la fibra, y su vertiente directamente concreta, ayudan con la convicción. Gran iniciador de regímenes frugales, de ejercicios y baños fríos, Tronchin se detiene en las más modestas de las prácticas de endurecimiento: suprimir los gorros de noche, no llevar sombrero “incluso a caballo”, aligerar el espesor de los vestidos y evitar las fuertes transpiraciones. Recibe en Ginebra al público ilustrado de Europa. Madame d'Épinay hace allí una larga estadía, detallando sus alimentos de lácteos y frutas, sus caminatas y el frío vivo “que la fortalece” (Madame d'Épinay, 1989, p. 1282). Voltaire (1827, pp. 66-67) califica como “gran hombre” a este médico que condena la sangría y la purga, este inventor de prácticas aparentemente triviales, naturales, pero cuyo éxito provoca la adopción de nuevas modas, los “tronchines”, vestidos cortos y desprovistos de cesta, hechos para facilitar la marcha.

Más profundamente, la referencia corporal en este conflicto entre blandura y endurecimiento está en el centro de una ambición colectiva. En este cuadro, lo importante no es la depuración sino el endurecimiento, el problema ya no es al afinamiento de las materias, prenda de distinción, sino su endurecimiento, prueba de nueva dureza. El arte de “perfeccionar la especie humana” (De Villeneuve, 1763; Valdermonde, 1756; Millot, 1801), en esta segunda mitad del siglo XIX, se enuncia tanto como un proyecto de hombre político como de médico. El cálculo se desplaza hacia los mejoramientos progresivos, los ejercicios graduales y una “perfectibilidad indefinida”⁵. El futuro desempeña un papel que no tenía: “Un libertino que altera su salud es más culpable hacia su posteridad que el pródigo que disipa su bien y el de los demás”, puede decir Guillaume Buchan (1788, p. 21) en su famoso libro sobre la medicina doméstica, alrededor de 1780. Un cambio

⁵ “La perfectibilidad del hombre es realmente indefinida” (De Condorcet, 1822, p. 3).

de sociedad acompaña estas movilizaciones, los valores higiénicos del cuerpo se oponen aquí al viejo ideal aristocrático: la inversión en la descendencia contra el prestigio de los linajes. La burguesía, cuyos valores dominan en el siglo XVIII, se afirma más por esta búsqueda de fuerzas físicas: las inmediatas de la salud y aquellas, más diferidas, de un reforzamiento de las futuras generaciones. Por su puesto, la oposición es simplificadora, las transformaciones de la segunda mitad del siglo son más profundas por estar limitadas a un grupo “burgués”. François Furet (1978), Roger Chartier (1991) o Pierre Goubert y Daniel Roche (1984) han mostrado el lugar que tiene la nobleza en esta élite ilustrada. Una sociedad de “progreso” se instala, en cualquier caso, promoviendo una vigilancia sobre el porvenir físico de una comunidad.

Más profundamente aún, en este llamado al endurecimiento de las fibras y a la resistencia del cuerpo, se perfila una nueva imagen del individuo, más autónoma, reactiva y resistente: el que sabe de entrada resistir a un medio oponiéndole su propia fuerza y el que puede ganar en vigor por medio de dinámicas que proceden de sí mismo. Dicho de otro modo, es la imagen de algún futuro ciudadano que está tan perfilado en esas texturas del cuerpo evocadas por Diderot o Rousseau: el destino de la fibra no se podría limitar al de la biología.

Las cualidades del cuerpo

Las cualidades atribuidas al cuerpo, las físicas de fuerza, destreza, relajación, resistencia o velocidad, pueden constituir un segundo ejemplo de construcción histórica global, orgánica y al mismo tiempo cultural. Construcción lenta si es allí donde la noción ya elaborada y abstracta de velocidad está lejos de haber sido la primera percibida. Mucho tiempo confusas e indistintas, estas cualidades, hay que decirlo, solo se han aclarado muy lentamente con el tiempo y la moderna sociedad. Por lo demás, solo lo han sido porque se han afinado los análisis de la motricidad y, sobre todo, porque se han transformado los contextos sociales y culturales de estos análisis.

La tradición, fuerza y destreza

Dos nociones dominan la tradición más antigua cuando se muestran las cualidades físicas del cuerpo: la fuerza y la destreza. Además, son poco aclaradas y furtivamente citadas. Por ejemplo, aparecen para el juego de palma a finales del siglo XV, este juego en el cual se esperan golpes dados “muy poderosa, maliciosa y hábilmente” (D’Allemagne, 1882, p. 170). Aquí todavía no hay ninguna alusión a la velocidad, al aliento o incluso a los músculos, en estos rarísimos comentarios que limitan los recursos notables del cuerpo a las referencias más genéricas. Además, hay poca alusión a las cualidades

abstractas como lo muestra el texto de Rabelais a comienzos del siglo XVI que, al describir los ejercicios de Gargantúa, no hace un cuadro de las aptitudes o valores para perfeccionar. Muestra primero prácticas y lugares. Se limita a gestos muy materialmente situados, los que sirven de manera directa a las circunstancias sociales o los usos más concretos. Define el cuerpo por lo que hace. De allí, esta variedad de situaciones, ese culto muy particular de las series, esta voluntad de mostrar movimientos y contextos, cosas y medios. Por ejemplo, la insistencia sobre la diversidad de las cabalgaduras para definir el dominio del caballo: "Montaba un corcel, un rocín, un caballo español, un berberisco, un ligero y le daba cien carreras" (D'Allemagne, 1882, pp. 93-94), o esta insistencia sobre la diversidad de los instrumentos para definir el dominio de las armas: "Sacudía el mandoble, la espada bastarda, el estoque, la daga, el puñal, con armadura, sin armadura, con escudo, con la capa y con la rodela" (D'Allemagne, 1882, pp. 93-94). Pero, aquí nunca hay una alusión a algún sustantivo de cualidad corporal. Aprender es menos perfeccionar disposiciones que desconocer prácticas, es menos designar facultades que encadenar actos.

No obstante, una tentativa para designar claramente cualidades señaladas por un sustantivo se inicia en el siglo XVI, cuando la figura del cortesano sustituye definitivamente a la del caballero, ese momento en el que se difunden maneras específicas e inéditas, aquellas cuya posesión "hacen digna de la conversación y favor de cada gran señor", según la expresión de Castiglione (1585, p. 38). La renovación de las virtudes, y la interrogación explícita sobre los comportamientos que distinguen, renueva además las búsquedas y las palabras sobre los asuntos del cuerpo. La insistencia de los maestros del ejercicio sobre la "cortesía, el civismo y las buenas costumbres" (Stegman, 1982, p. 122) agrega, a los valores tradicionales del hombre de armas, las consideradas más sutiles del cortesano. Balthazar Castiglione, con su *Courtisan* leído en toda Europa, sugiere claramente cualidades del cuerpo al tiempo que agota su largo enunciado de ejercicios: se cree que la acrobacia a caballo hace "al hombre muy ligero y hábil", se supone que el juego de palma aumenta "la prontitud y destreza de los miembros" y se considera que la carrera y los saltos aportan la "agilidad" (Castiglione, 1585, pp. 58-52). La Noue, con sus *Discours politiques et militaires*, determinando a finales del siglo XVI "lo que se debe enseñar", subraya los ejercicios que hacen "a la persona más robusta y diestra" (De la Noue, 1588, p. 145). Peacham, con su *Compleat Gentleman*, correspondencia inglesa del cortesano italiano, se detiene en "la habilidad, la fuerza y el vigor" (Peacham, 1634, p. 207) que se supone resultan de los ejercicios propuestos.

Aparecen palabras nuevas, como agilidad, que designa la velocidad sin precisarla ni objetivarla, o ligereza, que designa oscuramente la gracia y la relajación, igualmente sin objetivarla. La verdadera insistencia apunta sobre

la destreza asociada a la fuerza. Solo estas dos cualidades son comentadas y subrayadas. Solo estas prevalecen cuando se desarrollan las descripciones y se designan las jerarquías: Henri II es calificado como “fuerte y hábil”, Philippe II muestra “fuerza y destreza”, La Chateigneray (en su combate contra Jarnac) posee “además de su fuerza una gran destreza” (De Bourdeille, 1822, pp. 277, 91, 273). Caso apenas particular, Henri IV es “robusto y ágil”, como los vascos con los cuales, de niño, compartía los juegos (Palma-Cayet, 1838, p. 134). Además, las dos cualidades se complementan y se pueden compensar parcialmente: balanceo evidente para Brissac, calificado de “débil” en la lucha, pero, conociendo “la destreza tan bien que arrojaba al suelo a los más grandes y robustos” (De Bourdeille, 1822, p. 140). Tan evidente para Marolles, menos “fuerte” y buen “jinete” que Marivaut, pero empuñando “la lanza con tanta destreza” que lo desarma y mata en un duelo con la lanza en 1589 (Duc d’Angoulême, 1790, p. 68). La designación de cualidades físicas dirige por primera vez “lo que se debe aprender”: las virtudes “corporales” claramente catalogadas acompañan el perfil de las virtudes morales. Diversas cualidades se oponen, asocian y compensan para componer lo que no es otra cosa que el nuevo modelo: la figura más controlada del cortesano en la que alguna “destreza”, siempre mejor calculada y subrayada, aumenta la fuerza del antiguo caballero. El arte del cortesano ha fijado y definido las cualidades físicas del cuerpo.

La fuerza calculada

Algunos sustantivos cercanos a los actuales comienzan a fijarse a finales del siglo XVII. Por ejemplo, la noción de “velocidad” es claramente utilizada por De la Mare en su tratado de policía para sugerir tanto cualidades corporales como su comparación. El oficial del rey habla de “velocidad” al comparar los caballos de los *chasse-marées*⁶, que intentaban juntar el océano con París en dos días, y de los cuales se suponía que “despedían por la carrera a los animales terrestres” (De la Mare, 1718, p. 85). El tema de la velocidad emerge insensiblemente como cualidad palpable, interior y particular de un cuerpo, pero cualidad todavía oscura, no claramente objetivable y no de manera exacta distinta y especificada.

La segunda novedad en la designación y apreciación de las cualidades físicas es la de la cifra. Constituye el verdadero cambio, ocupando en el siglo XVIII, por ejemplo, un lugar que no tenía. Las cartas de Buffon lo muestran contando sus pasos en su apartamento para efectuar una actividad mínima en los días de lluvia (De Buffon, 1885, p. 197). Los cuadernos de Montesquieu lo muestran contando los impulsos comunicados al jinete por el paso del caballo, para medir los impactos súbitos durante una legua (De Montesquieu, 1949). Las notas de Desaguliers, a mediados del siglo, lo muestran investigando las posiciones

⁶ Antiguo carruaje que se distinguía por ser muy veloz (n. del t.).

susceptibles de permitirle al cuerpo llevar las más pesadas cargas. En la designación de la fuerza, estas primeras cifras son las más reveladoras. De allí, esas extrañas estructuras de madera, por ejemplo, donde se desliza Desaguliers, el discípulo de Newton, para soportar pesos medidos y crecientes (Desaguliers, 1751, p. 91), con lo cual deseaba verificar cuánto puede cargar el hombre, o dicho de otro modo, queriendo evaluar cuál es su fuerza y sus grados. O Buffon comparando además la fuerza de los hombres con la de los animales para recordar a “los estibadores de Constantinopla que llevan fardos de novecientas libras de peso” (De Buffon, 1836, p. 100). O también Coulomb, en 1785, al evaluar muy empíricamente la aparición de umbrales de fatiga según diferentes condiciones y dosis de carga (Coulomb, 1821). El movimiento del cuerpo es definitivamente separado de la habilidad manual para volverse el objeto de cálculos variados.

La *Encyclopédie* de Diderot se detiene por primera vez en el cálculo del peso que puede levantar un “hombre ordinario”, el que pesa por ejemplo 140 libras (70 kg) y del cual se cree que puede levantar una carga de 150 libras (75 kg) (*Encyclopédie des sciences et des techniques*, 1779, p. 978). A lo que se agrega el inventario de una variedad de situaciones posibles: el cálculo del peso que pueden levantar directamente los muslos o el del peso que pueden levantar de manera indirecta los brazos por intermedio de una polea. A lo que se suma, siempre en la misma enciclopedia, el tema de la fuerza comunicada a los remos, por ejemplo, con la búsqueda de correspondencias muy precisas, las que ya muestra Bernouilli a comienzos del siglo, la identidad entre “elevar en un segundo de tiempo, a la altura de un pie, un peso de 60 libras y elevar en el mismo tiempo un peso de 30 libras a la altura de dos pies” (*Encyclopédie des sciences et des techniques*, 1779, p. 281).

Desde luego, se trata de una nueva imagen de precisión y también de eficacia, es la que muestra Rousseau al sugerir para la danza finalidades trastornadas:

Si fuera maestro de danza, no haría todas las travesuras de Marcel [...]. Llevaría [al alumno] al pie de una roca. Allí le mostraría que actitud es necesario tomar, cómo se debe llevar el cuerpo y la cabeza, qué movimiento se debe hacer, de qué manera se debe ubicar, tanto el pie como la mano, para seguir ligeramente los senderos escarpados, rugosos y rudos, y lanzarse de punta a punta, tanto subiendo como descendiendo. Lo haría el émulo de un corzo antes que de un bailarín de ópera. (Rousseau, 1762, p. 148)⁷

Más allá de los efectos musculares y de las expectativas de estimulación, el ejercicio cambia mucho de sentido donde cuenta más la eficacia adquirida: la tarea realizada más que las puestas en escena y el mantenimiento anteriormente privilegiados. El espectáculo es siempre menos primordial en estas prácticas de distinción. La danza de la nobleza y la de los maestros de danza se controvier-

⁷ Marcel fue un “famoso maestro de danza de París [...] que hacía lo extravagante por astucia (nota de Rousseau).

en su objetivo exclusivo de enseñar a mostrar y a mostrar “se”. Este alejamiento apunta sobre lo que “tiende solamente a distinguir” y particularmente sobre el recurso exclusivo a las buenas maneras. Lo que lleva a tomar en serio este deslizamiento de los puntos de referencia que proceden de las urbanidades hacia otros puntos de referencia que vienen de los comportamientos “naturales”: los indicios de donde los cuerpos toman sus valores ya no son los mismos. Las referencias burguesas ascendentes a mediados del siglo privilegian modelos de eficacia en detrimento de los únicos modelos de apariencia. El recurso a la cifra, entre otros, es aquí un signo repetido.

La cifra es todavía la medida del progreso en los aprendizajes, aquella de la cual Madame de Genlis da uno de los ejemplos más reveladores en los años 1780. Preceptora de los niños de Orléans, fiel lectora de Rousseau y de Tissot, insiste en los ejercicios más regulares, sometiéndolos todos los gestos de los niños de Orléans a las medidas y cálculos. Los saltos, el 16 de junio de 1787: “Señor duque de Chartres, trece suelas y algo. Su hermano, aunque de botas y en calzoncillos, por primera vez trece suelas” (Jusserand, 1901, pp. 443-444). Los árboles escalados: “Ambos han trepado dos árboles de más de diez pies de alto y tres pulgadas y media de diámetro” (Jusserand, 1901, pp. 443-444). Cada resultado es escrupulosamente anotado para adaptar mejor fuerzas y progresos, el peso de los objetos transportados y las suelas de plomo colocadas debajo de los zapatos. Hasta en la práctica de la jardinería, por ejemplo, que se vuelve ocasión de medida: “Sus cubos tienen un doble fondo en el cual se pueden deslizar láminas de plomo a medida que sus fuerzas aumentan” (Madame de Genlis, 1791, p. 18). Al igual que es insensiblemente más pesada la polea instalada en la habitación de los niños de Orléans, regularmente levantada y proporcionada a los vigos crecientes. La cifra por primera vez funda el aprendizaje y su progreso. Guía por primera vez también el comentario, dirigiendo el dispositivo del ejercicio y su renovación.

Estas nuevas cifras en las cualidades del cuerpo revelan, más allá del solo afinamiento de las observaciones, que testimonian precisamente la existencia y el desarrollo de la empresa enciclopédica en la Europa de la Ilustración: la total renovación del interés dirigido a las máquinas e industrias, la inversión inédita en el universo de las manufacturas, el registro siempre más escrupuloso de las maneras de hacer, el de los métodos físicos y procedimientos y la distinción definitiva entre la técnica y las artes.

Los balbuceos de la velocidad

La cifra es todavía una nueva manera, en el siglo XVIII, de detallar el ejercicio en el tiempo, comparar las duraciones, enfrentar velocidades, los ejemplos heteróclitos, pero numerosos, revelan el insensible aumento de una preocupación

alrededor de las “velocidades”⁸. Las apuestas cambian al respecto desde los últimos años del siglo XVII, específicamente centradas en los rendimientos de los caballos, haciendo del tiempo un desafío y una prueba, recurriendo a los árbitros, al cronograma y consignando la victoria como el desempeño realizado: por ejemplo, doce segundos para atravesar el puente de Sèvres a partir de la puerta de la Conférence, en una carrera con tres jinetes donde cada corredor ha apostado cien luises de oro sobre su propia victoria (*Le Mercure galant*, 1692, p. 302). Más compleja es la apuesta del marqués de Saillans en 1726: regresar de la puerta del palacio de Versalles a la de los Invalides en menos de media hora (Barbier, 1897, p. 236). ¿Cómo calcular el tiempo si ningún arbitro está en condiciones de seguir al corredor? Es necesario inventar el arbitraje. Lo que impone la ubicación de dos relojes marinos previamente verificados y sincronizados, uno en Versalles y el otro en los Invalides. Saillans pierde por treinta segundos las seis mil libras apostadas por el duque de Courtevaux. Pero, se impuso tanto un cálculo original como una manera inédita de comparar. Más revelador aún es la apuesta de milord Postcook en 1754: regresar del bosque de Fontainebleau a la barrera de París en menos de dos horas. Es un intento original puesto que Postcook lleva “un reloj cosido en el brazo izquierdo que le permite ver siempre la hora mientras corre” (Dufort de Cheverny, 1990, pp. 165-461, nota 463), original además porque los espectadores ocupan por primera vez el recorrido y la llegada, “veinte mil almas”, pretende Cheverny informando la apuesta ganada por el inglés. La velocidad impone su espectáculo y especificidad. El corredor se vuelve allí tan preocupado que puede seguir su reloj como una brújula de un nuevo tipo, punto de referencia constante de sus gestos y decisiones.

Por lo demás, las carreras inglesas han inaugurado, a finales del siglo XVII, una nueva inversión en la velocidad: “Aficionados al movimiento y propietarios de espacios, los ingleses cazan mucho, rápido y lejos. Les gusta apostar sobre aquel que irá más lejos y más rápido” (De Blomac, 1991, p. 19), dice Dufort de Cheverny que, a mediados del siglo, cría manadas inglesas cerca de Blois. Lo que confirma también un desplazamiento definitivo con relación a la única inversión en las armas: una vez el orden militar se vuelve un orden entre otros, los asuntos simbólicos de los juegos marciales se desplazaron o desaparecieron. Los torneos y sus lejanos sustitutos le dejan el lugar a la caza y a las carreras de caballos, cambio constatado como despreciado por Mercier en su *Tableau de Paris* de 1782: “El gusto por los caballos que corren ha sucedido al espíritu de caballería completamente apagado” (Mercier, 1994, p. 1164). La ascendencia se impone con nuevos objetos, los caballos ingleses, por ejemplo, que Buffon describe como “fuertes, vigorosos, audaces, capaces de una gran fatiga y excelentes para la caza y la carrera” (De Buffon, 1836).

⁸ Sobre este tema véase (Studyen, 1995).

Las expresiones también cambian, como la de “tumba abierta”, subasta a finales del siglo XVIII de los escuderos cuando “el rey, la reina y los príncipes de sangre quieren ir rápido, muy rápido” (Mercier, 1782, p. 519). Lo más importante es la integración del tema de la velocidad en los ejercicios, o en los comportamientos cotidianos, los de la élite, por supuesto. El duque de Croÿ toma la costumbre, a mediados del siglo, de detallar el tiempo en las carreras de distancias para apreciar las velocidades: los seis minutos empleados por los “buenos patinadores” para recorrer en ambos sentidos el gran canal de Versalles, cuya extensión es de “800 toesas”, los “3 minutos exactos” usados por el tiro del rey entre la corte de Trianon y la de Versalles (De Croÿ, 1906, pp. 95-253). Madame de Genlis también calcula la velocidad de sus alumnos: “un poco más de un minuto” para recorrer “el callejón de los plátanos que tiene, en extensión, 550 pies aproximadamente (Jusserand, 1901, p. 443). Las cifras no son todavía las del cronómetro, pero, los espacios, aunque limitados, están bien relacionados con el tiempo, y los movimientos, más que antes, obedecen al cálculo de las duraciones.

El tema de la velocidad triunfa en un cálculo raro aún en los aficionados en el siglo XVIII, ausente de los *Racing Calendars* ingleses, por ejemplo, pero susceptible de trastornar las evaluaciones pasadas: la relación de la distancia recorrida con la unidad de tiempo transcurrido. La Condamine es el primero en trasponer así la velocidad en rendimiento: “37 pies segundos” para el caballo cuya carrera sigue con “un reloj de segundos”, en Londres, en 1780 (Grosley, 1788, pp. 315-316). Drummont de Melfort deduce sus consecuencias para el uso colectivo en 1777, las que permiten distinguir para la caballería velocidades y pasos diferentes según las toesas recorridas en unidades de tiempo (De Blomac, 1991, p. 106). Una unidad de velocidad transferible y comparable de un corredor a otro estaba muy simplemente en camino de constituirse.

La difícil invención de cualidades sustantivadas

No obstante, nada sería más falso que creer, con estos textos del siglo XVIII, en la invención de la noción abstracta de velocidad del movimiento corporal. Nada sería más falso que creer que se ha fijado definitivamente una cualidad muscular original. La *Encyclopédie* de Diderot no cree útil usar el término, a mediados del siglo, ni la *Histoire naturelle* de Buffon. Además, en este mismo momento, ambas evocan diferencias en los tiempos recorridos. Buffon solo cita distancias largas y no enfrenta el tema de las velocidades del cuerpo en los espacios cortos. Habla de los *chatters* de Ispahan, corredores de profesión, portadores de noticias o correo, que efectúan “treinta y seis leguas en catorce o quince horas” (De Buffon, 1836, p. 100). Así pues, designa la “ligereza” o muy simplemente la “fuerza”, convencido de que estos corredores orientales confirman

la posibilidad de “considerar la fuerza por la continuidad del ejercicio y la ligereza de los movimientos” (De Buffon, 1836, p. 100). Las cualidades corporales tradicionales permanecen dominantes mientras que la medida de los tiempos podría conducir a su cambio.

El tema de la “relajación”, la prerrogativa de los “saltadores”, la cualidad explosiva de los músculos de la cual se cree que favorece el rendimiento de los saltos, puede ser el objeto de un razonamiento histórico idéntico. El salto es ampliamente analizado en la *Encyclopédie* de Diderot, pero solo es evocado con el signo de la fuerza: se toman en cuenta la altura y los pesos confrontados en este ejercicio, no lo son las cualidades musculares particulares de la cuales se piensa que favorecen los saltos. El que salta lejos y alto demuestra primero “fuerzas” bien “aplicadas” y “desplegadas”, según el autor del artículo “saltar” (*Encyclopédie*, 1779, p. 182), donde la flexión previa de los muslos permite un mejor resultado. Argumento que, a pesar de su exactitud, casi no se orienta hacia el tema de la “relajación” y sus requisitos musculares o fisiológicos particulares, aunque fueran intuitivamente definidos.

Se ve cómo cambian los análisis de las cualidades corporales en el siglo XVIII, la nueva importancia concedida a la cifra y el nuevo cálculo efectuado sobre las fuerzas y las duraciones. Por el contrario, se ve todavía cuánto permanecen limitadas las cualidades realmente objetivadas. Todavía no ha llegado el momento en el que los puntos de referencia fisiológicos permitan darles a estas cualidades toda su existencia y verdad: por ejemplo, tomar en cuenta la duración de la reacción muscular para la velocidad y la distinción de diferentes formas de contracción muscular por la relajación. Muchos puntos de referencia acompañan un cambio de las intuiciones como de los saberes. Todavía no ha llegado el momento tampoco en el que las condiciones culturales puedan darles a estas cualidades todo su sentido, lo que harán la tecnificación de los espacios de trabajo o la de los espacios urbanos en el siglo XIX.

Las revoluciones energéticas e informacionales

Por el contrario, la única lectura del resumen del libro de Fernand Lagrange, *La physiologie des exercices du corps*, de 1888, sugiere las sucesivas revoluciones producidas en el siglo XIX en las representaciones del cuerpo. Lagrange distingue ejercicios de fuerza y destreza, por supuesto, pero agrega allí ejercicios de velocidad y de fondo e incluso agrega ejercicios de coordinación y perfeccionamiento del sentido muscular.

Resumamos, no se trata aquí de analizar el detalle de estas transformaciones, pero, al menos es posible evocarlas para subrayar la distancia superada en un siglo por los conceptos y las representaciones del ejercicio y el cuerpo.

Es necesario ya el descubrimiento del oxígeno por Lavoisier para transformar, en profundidad, la mirada sobre la intensidad respiratoria impuesta por los movimientos y sugerir la especificidad de los “ejercicios de fondo”. Al identificar claramente, y por primera vez, el principio de la respiración, Lavoisier subrayaba una relación nueva y precisa: la proporcionalidad entre la cantidad de aire respirado y la del trabajo realizado, el exacto paralelo entre el oxígeno consumido y el esfuerzo desplegado. Los hombres que Lavoisier hacía trabajar en habitaciones cerradas, para vigilar mejor sus intercambios, acentuaban la absorción de oxígeno “en razón directa por ejemplo de la suma de pesos a una altura determinada” (Lavoisier, 1790, p. 42), según las palabras del químico parisino. Se sugería una nueva cifra del trabajo corporal, perfilando el pulmón como máquina de energía. La respiración ya no era enfriamiento de la sangre o presión ejercida sobre las arterias y el corazón, como lo consideraba la tradición médica⁹, sino combustión de un nuevo tipo en la que el uso de un gas muy particular se volvía una condición del ejercicio y su despliegue. Resistencias y fatigas se podían analizar de otro modo. Aprendizajes y progresos se podían preparar de otra manera. Los enfoques del jadeo en particular se podían reinventar. De entrada, este descubrimiento no fue explotado por la teoría y la representación del ejercicio. A comienzos del siglo XIX, las gimnásticas no siempre revolucionan el entrenamiento del aliento: el trabajo del pulmón no siempre se especifica allí¹⁰. Era preciso aún que se especificara la fórmula científica de energía, la de la transposición de las calorías en trabajo, el equivalente mecánico del calor, cuyo cálculo es teorizado por primera vez por Carnot en 1826 (Carnot, 1826; Vaillard y Daumas, 1963, p. 905). Se necesitaba sobre todo su difusión, a mediados del siglo, y su extensión en los medios de las técnicas y las industrias para que esta fórmula tuviera algún efecto en las prácticas. Así pues, el tema del entrenamiento puede adquirir una nueva perspectiva y encontrar un nuevo sentido, volviéndose costumbre la respiración, economía de gasto y energía. Los efectos de la carrera también encuentran un nuevo sentido, actuando en el espacio de los pulmones como en los intercambios químicos. De allí, esta representación totalmente inédita propuesta por Lagrange: el trabajo de las piernas y la duración de la carreras llegarían a modificar la forma del pecho y el perfil del cuerpo. Son estos los que imponen un despliegue particular, son los que actúan a partir de la función respiratoria y el dispositivo pulmonar hasta el emplazamiento anatómico del pecho: “En el tórax, es el volumen del contenido el que determina el del continente”, afirma enérgicamente Lagrange (1888, p. 273), orientando hacia nuevas expectativas y representaciones. Lo que hace

⁹ “La circulación de la sangre que le da movimiento a todas las acciones naturales, lo recibe ella misma, como lo hemos visto, del aire que de los pulmones empuja poderosamente la sangre hacia el corazón” (Quesnay, 1736, p. 227).

¹⁰ Véase, entre otros, el párrafo sobre la “carrera precipitada” (Cliais, 1843, p. 74).

nuevamente existir el ejercicio de fondo, con sus propios efectos, sus cualidades físicas específicas y definidas.

Un razonamiento histórico idéntico se pudo sostener sobre la cualidad de velocidad física. Es necesaria la lenta construcción de una fisiología muscular y nerviosa y se precisan los primeros cálculos de la rapidez de la propagación de “la fuerza nerviosa motriz” para que comience a especificarse la cualidad física de la “velocidad”. Construcción lenta, debemos repetirlo, puesto que Longet confesaba todavía en 1850:

Los cálculos que se han hecho no descansan en ninguna base cierta como lo prueban las enormes disimilitudes que presentan. Todo lo que se puede afirmar es que esta velocidad [la de la “fuerza nerviosa”] es muy grande y, además, muy variable según los individuos y las especies animales. (Longet, 1850, p. 46)

Texto importante en realidad, puesto que son muchas diferencias individuales las que se citan aquí, orientándose hacia el tema de una cualidad fisiológica muy particular. Cifras pronto más precisas sobre la “transmisión del agente nervioso”, medida por primera vez por von Helmholtz en 1863 en 27 m/s (Rattray Taylor, 1963, p. 213), como datos más precisos también sobre las formas de contracción objetivaron siempre más, en la segunda mitad del siglo XIX¹¹, la posible particularidad de una cualidad muy precisa, la de la velocidad muscular. Por ejemplo, es determinante la objetivación de la duración del encogimiento de los músculos, menos de diez centésimas de segundo para algunos de estos, como ya lo muestra Von Helmholtz (1845) en su memoria sobre la acción muscular. Determinante aún es la objetivación por medio de grabadora de tambor de las diferencias entre diversos aleteos: “Se ha asegurado que las alas de una mosca ejecutan 300 aleteos por segundo, las de un gorrión 13, las de una paloma 8”, puede decir el fisiólogo de los años 1870 (Le Bon, 1874, p. 474). Lo que, en ambos casos, sugiere no solo una cualidad de velocidad distinta según las especies y más ampliamente según los individuos, sino aún su posible cultivo, ejercicio y mejoramiento. De allí, ese trabajo muy particular para cultivar la velocidad descrita por Lagrange en 1888, “el paso alternativo y frecuentemente repetido de los músculos del estado de relajamiento al de contracción” (Lagrange, 1888, p. 222). De allí, la prueba tanto empírica como teórica de los primeros deportistas de finales de siglo: “Un corredor de velocidad será raramente un buen corredor de fondo” (Éole, Reichel y Mazzuchelli, 1895, p. 73-74). El ejercicio que cultiva una cualidad confirma la existencia y la objetivación de este. Por ejemplo, el ejercicio de velocidad se vuelve clásico en los higienistas de finales de siglo, con sus representaciones implícitas del sistema nervioso, la de una fuente muy particular, la de alguna fatiga muscular muy específica provocada por el estremecimiento orgánico repetido que provoca: “los ejercicios de velocidad provocan un

¹¹ Véase, entre otros, (Witkowski, 1877, pp. 112-123).

gasto excesivo de influjo nervioso, porque el esfuerzo de voluntad necesario para hacer contraer muy rápidamente la fibra muscular es tanto más intenso cuanto que los movimientos son más rápidos" (Rochard, 1897, p. 838). Con este texto de Rochard, escrito a finales del siglo, la velocidad se vuelve tanto una cualidad física como un modo de funcionamiento orgánico particular.

Imposible aún ignorar aquí los cambios más profundos, los que hacen familiar el tema de la velocidad en la sociedad del siglo XIX. La cultura del tiempo cambia fuertemente, es preciso decirlo, como lo prueban las publicidades que apuntan sobre el "reloj cronómetro", a finales del siglo, más numerosas, más detalladas y que imponen la vigilancia temporizada del tiempo cotidiano: "Recurriendo al cronógrafo Just, sabrá como vive, el tiempo que utiliza para sus asuntos, su cena, sus placeres y reposo... Gracias a este considerará si le da a cada acto de su vida el tiempo que merece"¹²⁰. Es una lenta penetración del tiempo medido y calculado en los gestos de todos los días, los del trabajo, el ocio y los de los desplazamientos y transportes. Además, es la apreciación de los trayectos que cambia con el fin de los terruños, en Francia, la referencia repetida a las máquinas, las locomotoras, velocípedos y pronto los automóviles. Una manera más sistemática de relacionar este tiempo con la diferencia entre máquinas: por ejemplo, la nueva manera de distinguir la "pequeña" y "gran velocidad" en las guías de ferrocarril a mediados del siglo (Joanne, 1857, p. 12), o la nueva manera de expresar la velocidad en kilómetros por hora, por ejemplo, que se vuelve la medida estándar para designar la rapidez de un vehículo a finales del siglo. Además, esta última expresión medida es la que permite condenar el conductor peligroso, como lo muestra el primer arresto, el 19 de abril de 1899, en los bulevares parisinos, de un automóvil que iba a la velocidad "extrema" de sesenta kilómetros por hora (*La Gazette de France*, 1899). Esta expresión medida es la que permite también valorar las cualidades de un vehículo, como lo muestra la apreciación sobre las máquinas de la sociedad la Energía considerados excepcionales a comienzos del siglo XX: *La vie au grand air* (1901) magnifica su velocidad dando un solo resultado, los cincuenta y un kilómetros por hora alcanzados en una cuesta del 10 %.

La noción de velocidad se vuelve un inevitable punto de referencia, tanto como una indispensable herramienta mental solo podía tener consecuencias muy inevitables sobre la manera de representarse el cuerpo y diferenciar sus cualidades. La nueva visión de las energías y el nuevo lugar que se le da a las velocidades han transformado por completo, de un siglo a otro, la visión de las cualidades físicas y la de su implementación.

¹² Publicidad para el cronógrafo Just (La Petite République, 1903).

Este sobrevuelo seguramente muy rápido de la historia y el tiempo confirma, si fuera necesario, la legitimidad de la noción de representación del cuerpo. Confirma también su posible unidad y tanto sus transformaciones como su contextualización.

Referencias¹³

- Barbier, E. J. (1897). *Journal historique et anecdotique du règne de Louis XV (1715-1724)*; T. I. Jules Renouard. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k111940v.image>
- Brabant, H. (1966). La grande bataille des idées médicales. En H. Brabant, *Médecins, malades et maladies de la Renaissance*, Renaissance du livre.
- Bordeleau, L. P. y Charles, S. (1999). *Corps et science. Enjeux culturels et philosophiques*. Liber.
- Buchan, G. (1788). *Médecine domestique*; T. I. Froullé.
- Canguilhem, G. (1958). La physiologie animal. En R. Taton (dir.), *Histoire général des sciences, t. II : La Science moderne*. P.U.F. [Taton, R. (1971). *Historia general de las ciencias*, Barcelona, destino].
- Carnot, S. (1826). *Réflexions sur la puissance motrice du feu et les moyens propres à développer cette puissance*.
- Castiglione, B. (1585). *Le parfait courtois*. Nicolas Bonfons.
- Chartier, R. (1991). *Les origines culturelles de la Révolution française*. Seuil. [Chartier, R. (2003). *Los orígenes culturales de la revolución francesa*, Barcelona, Gedisa].
- Clias, P. H. (1843). *Callisthénie ou somascétique naturelle appropriée à l'éducation physique des jeunes filles*. Charles Deis. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5403959m.image>
- Comisso, G. (1989). *Les ambassadeurs vénitiens*. Le Promeneur-Quai Voltaire (Extraído de la relación de Angelo Correr).
- Coulomb, C. A. (1821). "La forcé des hommes", *Traite des machines simples*, mémoire présentée à l'Institut des sciences en 1785.
- D'Allemagne, H. (1882). *Les jeux de forcé et d'adresse*, París.
- De Blomac, N. (1991). *La gloire et le jeu, des hommes et des chevaux, 1766-1866*. Fayard.
- De Bourdeille, P. (1822). *Oeuvres*. Foucault Libraire.
- De Buffon, G. L. (1836). *Oeuvres complètes*; T. IV (G. Cuvier, comp.). P. Duménil. <https://www.biodiversitylibrary.org/item/200403#page/9/mode/1up>
- De Buffon, G. L. (1885). Lettre du 2 avril 1771. En H. Nadault de Buffon (comp.), *Correspondance générale*; T. I. Le Vasseur.
- De Condorcet, J. A. N. (1822). *Esquisse d'un tableau historique des progres de l'esprit humain; suivie de réflexions sur l'esclavage des nègres*. Masson et fils. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k281802> [De Condorcet, J. A. N. (2004). *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Clásicos Políticos.
- De Croÿ, E. (1906). *Journal inédit*. París.

¹³ Las referencias bibliográficas entre corchetes indican las versiones en español (n. del t.).

- De la Mare, N. (1718). *Traité de la police, où l'on trouvera l'histoire de son établissement, les fonctions et les prérogatives de ses magistrats, toutes les loix et tous les règlements qui la concernent: on y a joint une description historique et topographique de Paris, & huit plans gravez, qui représentent son ancien état, & ses divers accroissemens, avec un recueil de tous les statuts et règlements des six corps des marchands, & de toutes les communautés des arts & métiers*; T. III, Michel Brunet. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k109900f.image>
- De la Noue, F. (1588). *Discours politiques et militaires*. Imprimerie de François Foreft. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1040354v.image>
- De Montesquieu, C. L. (1949). *Mes pensées*. En R. Caillois (comp.), *Montesquieu : Oeuvres complètes. tome 1: Tome 1. Discours et mémoire ; Oeuvres académiques ; Oeuvres littéraires ; Portraits politiques ; Voyages ; Mes pensées Montesquieu*. Gallimard.
- De Ribbe, C. (1889). *Une Grande Dame dans son ménage au temps de Louis XIV: d'après le journal de la Comtesse de Rochefort (1689)*. Librairie Victor Palmé. <https://archive.org/details/unegrandedamedan00ribbuoft/mode/2up>
- De Saint Ursin, J. M. (1804). *L'amis des femmes o lettres d'un medecin concernant l'influence de l'habit des femmes sur leurs moeurs et leur santé*. Chez Barba Libraire.
- De Sévigné, M. (1972). Lettre du 26 juin 1675. En *Correspondance, t. I*. Gallimard.
- De Sèze, P. V. (1786). *Recherches physiologiques sur la sensibilité ou la vie animale*. Chez Prault. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k97856737.texteImage>
- De Villeneuve, J. F. (1763). *L'économie politique. Projet. Pour enrichir et perfectionner l'espèce Humaine*. Morreau; Pissot; Knapen; Brocas. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6508w/f3.item>
- Desaguliers, J. T. (1751). *Cours de physique expérimentale*; T. I. Rollin, Jombert. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9813548h>
- Diderot, D. (1964a). *Éléments de physiologie* (manuscrit 1780). Didier.
- Diderot, D. (1964b). *Le rêve de d'Alembert* (1769), *Oeuvres philosophiques*. Pauvert. [Diderot, D. (1997). *El sueño de d'Alembert*, Madrid, Compañía literaria].
- Duc d'Angoulême (1770). *Nouvelle Collection des memoires pour servir a l'histoire de France, depuis le XIIIe siecle jusqu'a la fin du XVIII, precedes de notices pour caracteriser chaque auteur des memoires et son epoque, Suivis de l'analyse des documents historiques qui s'y rapportent*; T. 11. Paris
- Duford de Cheverny, J. N. (1990). *Mémoires sur la cour de Louis XV*. Perrin.
- Diderot, D. y Le Rond D'Alembert, J. (1778). *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une Société de gens de lettres*; T. XII.
- Diderot, D. y Le Rond D'Alembert, J. (1779). Force des animaux. En D. Diderot y J. Le Rond D'Alembert, *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une Société de gens de lettres*; T. XIV.
- Éole, Reichel, F. y Mazzuchelli, L. (1895). *Les sports athlétiques*. Armand Colin.
- Furet, F. (1978). *Penser la Révolution française*. Gallimard. [Furet, F. (1980). *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, Ediciones Petrel].
- Goubert, P. y Roche, D. (1984). *Les Français et l'Ancien Régime. Tome 2. Culture et société*. Armand Colin.

- Grosley, P. J. (1788). *Londres*; T. I. Paris.
- Héritier, J. (1987). *La sève de l'homme, de l'âge d'or de la saignée aux débuts de l'hématologie*. Denoël.
[Héritier, J. (2001). *La savia del hombre, de la edad de oro de la sangrada a los comienzos de la hematología*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia].
- Joanne, A. (1857). *De Paris à la Méditerranée comprenant. De Paris à Lyon et à Auxerre*. Hachette.
- Jodelet, D. (1984). Réflexions sur le traitement de la notion de représentation social en psychologie social. *Communication. Information Médias Théories*, 6(2-3), 14-41. https://www.persee.fr/doc/comin_1189-3788_1984_num_6_2_1284
- Jusserand, J. J. (1901). *Les sports et jeux d'exercice dans l'ancienne France*. Librairie Plon. <https://archive.org/details/lessportsetjeuxd00juss>
- La Gazette de France* (1899). 20 avril.
- La petite République* (1903). 12 avril.
- La vie au grand air* (1901). 6 juillet.
- Lagrange, F. (1888). *Physiologie des exercices du corps*. Germer Baillière.
- Lavoisier, A. L. (1790). *Mémoires sur la respiration et la transpiration des animaux*.
- Le Bon, G. (1874). *La vie, physiologie humaine. Appliquée à l'hygiène et la médecine*. J. Rothschild. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k206109r.image>
- Le Mercure galant* (1692). Avril.
- Le Roy Ladurie, E. (1983). *Introduction au livre de C. Grimmer, La femme et le bâtard, amours illégitimes et secrètes dans l'ancienne France*. Presses de la Renaissance.
- Longet, F. A. (1850). *Traité de physiologie*; T. II. Victor Masson.
- Madame d'Épinay (1989). *Les contre-confessions. Histoire de Madame Montbrillant*. Mercure de France.
- Madame de Genlis (1791). *Leçon d'une gouvernante à ses élèves*; T. II. Onfroy; Née de la Rochelle. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k97699373.texteImage>
- Mercier, L. S. (1782). *Tableau de Paris*; T. II. Paris.
- Mercier, L. S. (1994). *Tableau de Paris*; T. I. Mercure de France.
- Millot, J. A. (1801). *L'art d'améliorer et de perfectionner les hommes*. L'Imprimerie de Migneret. https://archive.org/details/BIUSante_34687
- Palma-Cayet, P. V. (1839). *Nouvelle Collection des memoires pour servir a l'histoire de France, depuis le XIIIe siecle jusqu'a la fin du XVIII, precedes de notices pour caracteriser chaque auteur des memoires et son epoque, Suivis de l'analyse des documents historiques qui s'y rapportent*; T. 12. Paris.
- Patin, G. (1846). Lettre du 18 janvier 1644. En J. H. Reveillé-Parise (comp.), *Lettres. De Gui Patin. Tome Premier* (pp. 310-316). Imprimerie de Bourgogne et Martinet. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k202248z/f1.item>
- Peacham, H. (1634). *The Compleat Gentleman*. Francis Conftable.
- Quesnay, F. (1736). *Essai physique sur l'oeconomie animale*. Guillaume Cavelier. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k829070.image>

- Rabiqueau, C. (1778). *Nouveau manège mécanique*. Rabiqueau; Cailleau, Desnos. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57422641.texteImage>
- Rattray Taylor, G. (1965). *Histoire illustrée de la biologie*. Hachette.
- Rey, R. (1993). Hygiène et souci de soi dans la pensée médicale des Lumières. *Communications*, (56), 25-39. https://www.persee.fr/doc/comm_0588-8018_1993_num_56_1_1846
- Rochard, J. (1897). *Traité d'hygiène publique et privée*. Octave Doin. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6377505t.texteImage>
- Rousseau, J. J. (1762). *L'Émile*. Garnier. [Rousseau, J. J. (2011). *Emilio o de la educación*, Madrid, Alianza].
- Stegman, A. (1982). La naissance de l'art équestre en France à la fin du XVI^e siècle. En P. Ariès y J. C. Margolin (dir.), *Les yeux à la Renaissance*. Vrin.
- Studený, C. (1995). *L'invention de la vitesse*. Gallimard.
- Tallémant des Réaux, G. (1960). *Historiettes*. Gallimard.
- Tissot, S. A. (1991). *De la santé des gens de lettres*. La Différence.
- Tronchin, T. (1906). *Un médecin du XVIII^e siècle. Théodore Tronchin (1709-1781). D'après des documents inédits* (H. Tronchin, comp.). Librairie Plon; Librairie Kündig. <https://wellcomecollection.org/works/ae85tw6h/items?canvas=5>
- Vaillard, R. y Daumas, M. (1963). La théorie cinétique des gaz. En M. Daumas (dir.), *Histoire des sciences*. Gallimard.
- Valdermonde, C. A. (1756). *Essai sur la manière de perfectionner l'espèce humaine*. Chez Vincent. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6481542r.texteImage>
- Vigarello, G. (1999). Histoire des représentations du corps. Exemples d'enjeux politiques et culturels. En L. P. Bordeleau y S. Charles (eds.), *Corps et science enjeux culturels et philosophiques* (pp. 21-44). Liber.
- Voltaire, F. M. (1891). MMDLXXIV. A M. Le Comte D'Argental. 3 décembre. En *Oeuvres complètes de Voltaire*. T. 37 (pp. 66-67). Librairie Hachette. <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6514332x.texteImage>
- Von Helmholtz, H. L. (1845). Über die stoffverbräuche in der muskelaktion.
- Witkowski, G. J. (1877). *Structure et fonction du corps humain*. Lauwereyns.